

UN CIEGO QUE NO LO ES: A PROPÓSITO DE *DON QUIJOTE DE LA MANCHA*

Óscar Alvarado
aalvarado@uned.ac.cr

Recibido el 30 de junio - Aceptado el 31 de agosto de 2009

RESUMEN

Cuando don Quijote decide salir al mundo a desfacer entuertos y socorrer a vidas y huérfanos, se ve invadido de una mirada que rompe el esquema del mundo establecido, lo separa de Alonso Quijano el Bueno, y lo incorpora a una re-lectura del mundo a partir de la cual ha de construir sus ideales y luchas. Su leal escudero poco a poco se va a ir permeando de esa mirada, por lo cual la percepción de mundo que ambos poseen es lo que ha de cimentar un nuevo espacio de interpretación para ambos. Es ese el motivo de esta lectura.

Palabras clave: ceguera, mirada, lectura, interpretación, construcción de la diferencia

ABSTRACT

An outlook that breaks with the established preconception of the world invaded Don Quixote when he decided to go out to the world to clean up other's spills and messes, save lives and aid the orphans. It separates him from Alonso Quixano the Good and incorporates him into a reinterpretation of the world, from which he has to build his ideas and struggles. His loyal squire eventually gets involved with such perspective; therefore, the world's perception they share fosters, for both of them, a new space for interpretations. That is the reason for this reading.

Key words: blindness, outlook, reading, interpretation, construction of the difference

El símbolo de la ceguera linda en mayor medida con una relectura del mundo y de las relaciones humanas, más que con un impedimento meramente físico.

Por ello, referimos a la novela de Cervantes, *El Ingenioso don Quijote de la Mancha*, en el cual Joseph Bickermann señala aspectos interesantes en relación con el tema que hemos planteado y que conforman a don Quijote como un sujeto inmerso en un universo, en un cosmos de sentido que no responde a su interés, y enceguece (¿o

logra contemplar lo que los otros no?) ante el entorno que escapa y se le rebela (o revela), o ante el cual se subleva. Ya este autor nos apunta que en ocasiones es mejor cerrar los ojos para no tener que ver, y así escapar del peligro, y en esto el caballero cervantino se constituye en la encarnación y compendio de las alucinaciones humanas y cegueras:

“Aquel a quien Dios le haya dado el castigo –por así decir- de unos ojos que saben ver, y ha sabido temblar ante la inmensa muchedumbre de

gentes que tienen los ojos abiertos, pero que no ven, bien puede afirmarse que ha perdido para siempre la capacidad de reír.” (Bickermann, 1932, pp 159-160)

Reafirma el hecho de que es aun más difícil vivir entre hombres que ni siquiera quieren ver, y pertenecen a las diferentes clases de la ceguera humana, ya sea inevitable o voluntaria, pero que adquiere una posición y una posesión tales que se convierte en eje básico de las pequeñas humanas, pues:

“Esta vida viene a ser como una fusión de bondad y de maldad, de visión y de ceguera.” (Bickermann, 1932, p 160)

Es, en definitiva, el acontecer del hombre y la reminiscencia a las más nobles, pero también más bajas pasiones. Es el caballero andante, el soñador, el idealista en un mundo de ciegos, donde los egoísmos permean las relaciones entre unos y otros. Es aquel que ve a la amada y a la justicia y su necesidad, en un mundo en el cual los otros perciben la individualidad, la diferencia, la enajenación, y la fealdad, así como la desposesión. Es una re afirmación de la humanidad y del ser humano, en donde los otros deambulan con la ceguera que les han impuesto los disvalores predominantes.

La ceguera de la cual don Quijote es objeto, se va extendiendo a su escudero, de forma tal que ambos pasan por un procesos en el que se convierten en los videntes de una realidad, de un universo del cual los demás no logran dar cuenta, pues insisten en la percepción de un mundo en el que se ve desde la configuración de un discurso que no calza con la (re)lectura de un universo en el cual se mueve el caballero, y al que se va asimilando su fiel escudero.

El ver de don Quijote caballero es el leer que proviene de un mundo prometido de justicia, en el cual los ideales de este no calzan con los intereses que construye y deconstruye el mundo de los otros que se van (con)formando desde una relación discursiva y vivencial con el mundo que no calza con la del caballero de la triste figura.

Américo Castro señala en relación con lo que hemos señalado:

“...un modesto y desquiciado señor que, sobre un triste jamelgo se arroja a la empresa de desarraigar el mal, ese mal siempre tan bien afincado en valles de lágrimas, en ciudades de iniquidad o en jacales de miseria.” (Castro, 1985, p XVI)

Lo anterior describe la búsqueda de la justicia en medio de un mundo en el cual la injusticia campea, y en donde los sujetos, como ciegos, se obstinan en ver y en dejar de ver, de observar la conformación y avance de un universo menos solidario, en el cual ya la lucha de clases se erige como uno de los elementos primordiales de la textualidad. Es el mundo del ser y el parecer en el cual los personajes no dejan de ser antagónicos para el otro, en donde la mismidad se erige como injusticia, mientras la Otredad, revestida como amenaza, viene a definirse como la emergencia de una figura que adviene como parodia del héroe, y que se reviste más bien como elemento de risa, de chota para esta mismidad de la cual los demás son partícipes, en tanto incapaces de leer y entender la diferencia, a la cual revisten de locura. La existencia y presencia de Dulcinea, del Yelmo de Mambrino, del caballero de los espejos, de los encantamientos, de los gigantes, y tantas otras manifestaciones no es otra cosa que el desencuentro permanente que se va tejiendo a lo largo de una historia en la cual uno insiste en ver y describir, mientras los otros se obstinan en percibir desde su ser y parecer. Es la construcción de un mundo percibido desde dos planos, en el cual el propio lector debe tomar partido.

¿Acaso cuando un labrador se dirige a un Quijote para aclararle que él no es ningún caballero tal como lo piensa el héroe, no estamos sino ante un caso de lectura e interpretación de la realidad, es decir, de un percibir y un encegucerse ante diferentes mundos?:

“Mire vuestra merced, señor, pecador de mí, que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino; ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana.

-Yo sé quién soy -respondió don Quijote-, y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino

todos los doce Pares de Francia y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías." (Cervantes, 1985, p 34)

Así, las lecturas y percepciones se van entrelazando en la novela, de forma que se da paso a por lo menos dos manifestaciones de universo en las cuales los personajes constituyen los grandes polos de oposición, de acuerdo con su lugar en el discurso. De hecho, Sancho Panza parece ser el único, e incluso más que su mismo caballero andante, en atravesar ambos universos, y en alimentarse de la lectura de amos mundos, de forma que el cierre de la novela le permite optar por aquel que le confiera mayor "espiritualidad", es decir, opta por el mundo que le resig-nifica como sujeto, en tanto ha cumplido con su proceso de qui-jotización.

Don Quijote ha aprendido a ver e interpretar, y Sancho Panza ha de cabalgar a su lado con el fin de aprender ese proceso, y a contemplar, desde los ojos de la reinterpretación, la emergencia de un nuevo universo de sentido vital.

El encuentro con el universo del otro, hace que tanto quienes observan a don Quijote descalifiquen su "contemplación" como lo hace el caballero de cara a estos, y ante lo cual atribuye la "transformación" de lo percibido a la influencia nefasta que hacen los poderosos magos o enemigos que lo adversan. La mirada se va extendiendo a lo largo de la novela en uno y otro plano, de forma que estos universos subsisten sin que ninguno claramente domine, pues las percepciones continúan de forma paralela a lo largo de las aventuras del valeroso hidalgo:

"...llegándose don Quijote a Sancho, al oído le dijo:

-Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más." (Cervantes, 1985, p 493)

No es casual, por lo tanto, que la burla que los demás hacen del Quijote y su escudero, no cree mella en estos dos, los cuales "viven" la experiencia de la Insula Barataria, la cual

se constituye en un elemento revelador de una contemplación ante la cual los demás se vuelven incapaces de observar.

La mirada del caballero y su verdad, contrasta con la mirada de los demás, en medio de los cuales se va levantando el puente que constituye Sancho Panza, como el escudero que en principio se mueve en el ámbito de lo material y termina idealizando la vida que su caballero le ha obsequiado, lo cual revela que ha abierto los ojos ante la percepción en la que se mueve don Quijote. La ceguera que los demás poseen ante el mundo en el cual se mueven ambos, ciertamente imposibilita que la brecha existente no se cierre. La ceguera en la cual se mueve el hidalgo, de acuerdo con los otros, le margina, pero le permite encontrar un espacio de encuentro que lo relega ante los otros, lo desencuentra, pero lo constituye desde el ámbito de la idealización y de la relectura de los espacios de la interpretación. Ya el mismo Cervantes en el prólogo a su novela revela, ciertamente, esta posibilidad de lectura en tanto, más que apariencia, se constituye en emergencia de otro mundo en el cual se ha de mover:

"Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas; antes las juzga por discreciones y lindezas y las cuenta a sus amigos por agudezas y donaires." (Cervantes, 1985, p 9)

Tal tema, por lo tanto, presente a lo largo de la historia de la literatura, ciertamente tiene un parangón en esta novela que permite, desde el ámbito de una ceguera que va más allá de lo físico, construir un universo en el cual la prevalencia de unos y otros no lleva sino a una última salida, en la cual no es don Quijote quien renuncia a su universo, sino Alonso Quijano, el cual intenta despertar a Sancho de su locura, sin lograrlo. Don Quijote no muere a sus ideales y su videncia no se cierra ante la ceguera en la cual se mueven los demás, pero desde la que estos insisten en marginarlo llevándolo al plano de la locura, como una manifestación clara en la que la ambivalencia ha ejercido un claro poder. No debe dejarse de lado que tanto la locura como la

ceguera son claramente ambivalentes dentro de la literatura, y en la novela cervantina adquiere una connotación particular. La posición de la locura y la imposición que de esta hace don Quijote, le otorgan un poder de cara ante los otros que les impide asir la realidad de este y conocer, a ciencia cierta, hasta adónde llega el universo que el caballero andante ha ido construyendo. La contemplación de los gigantes, el revestirse de caballero, las batallas en la cuales participa con enorme valor, la admiración plena de su amada, la cueva de Montesinos, las posesiones y embrujos de los demonios y magos, a la par de los tantos acontecimientos que debe librar en su función heroica, no hacen sino reforzar el imaginario en el cual se construye, y que lo lleva a desplazar el universo de los otros. Es efectivamente el ciego que puede ver más allá de la mera apariencia y deconstruir la realidad y el contexto en el cual se mueve para erigir su propia verdad desde un constructo vital diferente. Su universo no es menos carencial que el de los otros sino un "contexto" paralelo en el cual cabalga al lado de su compañero. Su recorrido existencial no es sino una posibilidad de poner ante sí y ante los otros una realidad que los demás no pueden ver, por lo que la desautorizan. Su ceguera debe verse como el despliegue de un nuevo mundo, en el que campean la necesidad manifiesta de una justicia y un ideal, que claramente escapan a los demás. Don Quijote se construye todos los días al lado de Sancho Panza, pues se reafirma en su contemplación y validación de una labor para la que la vida lo ha erigido: ser caballero andante. Su ceguera es productiva como tal, pero es también reveladora de ese universo en crisis en el cual se mueve, por lo que de nuevo se convierte no en el ciego o el loco, sino en el gran adalid de una lucha para la cual su función de caballero andante lo ha de llevar.

Don Quijote avizora un mundo en el cual los valores de antaño, tal como los define, permitan la reincorporación de un universo más justo. En su universo presente, ve lo que ningún otro: una posibilidad de cambio hacia un mañana mejor, con una esperanza que han de traer nuevamente los caballeros andantes, y que ha de permitir una re adecuación de la sociedad hacia

la promesa. Es, por lo tanto, el nuevo prometeo, y así se concibe, de cara ante la sociedad caótica en la que vive.

La imaginación desde la cual construye su existir, no es otra cosa sino la lectura de la cual se apropia para construir su universo de significados e interpretar, percibir el mundo desde esa óptica, en la que se introduce paulatinamente Sancho, pero desde la cual se desencuentra con el Otro, representado por los demás, quienes ven desde otra perspectiva, e igualmente leen y perciben su propio cosmos de significación. Su lugar en el discurso no hace sino poner en evidencia dos discursos, a partir de los que tanto el lector como los personajes mismos se van construyendo. Es así como el bálsamo de Fierabrás confirma su lectura, en tanto representa y se afirma como la medicina plena que incluso le ha de permitir unir su cuerpo partido por una espada si el caso sucede, pues la magia de este no tiene discusión alguna. La verdad entonces que los acontecimientos construyen desde su perspectiva van delimitando su visión de mundo, su apertura a un mundo que es ajeno a quienes son incapaces de verlo y conocerlo tal como él. Lo cierto es que su visión misma le lleva a parecer ciego ante los demás, los cuales lo asimilan a la locura como marca de ser propia del enajenado:

"...era tanta la ceguera del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traían en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar a otro que no fuera arriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura."
(Cervantes, 1985, p 79)

La mirada del hidalgo halla campo fértil ante su puesta en significado de lo que lee e interpreta pues su encuentro en busca de aventuras le signa el panorama, pues su lectura se vuelve legitimadora ante lo "observado":

"Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado, rendido a los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata; el otro de las armas de las flores de otro, que trae

en el escudo tres coronas de plata en el campo azul, es el temido Micocolembu, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros gigantes, que está a su mano derecha, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de la tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos.” (Cervantes, 1985, p 88),

o también esta otra construcción en la que toma lugar el sonido y ya no solo la visión:

*“¿Cómo dices eso? –respondió don Quijote-.¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?
-No oigo otra cosa –respondió Sancho- sino muchos balidos de ovejas y carneros.”* (Cervantes, 1985, p 89)

Don Quijote se construye desde la diferencia, en la que su función de caballero toma un lugar preponderante, que le va definiendo las experiencias y los encuentros con el espacio que su función de caballero le va definiendo:

“...Haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y, dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero.” (Cervantes, 1985, p 90)

Bien podría pensarse que don Quijote vive sus aventuras plenas de una actitud que raya en el éxtasis, lo cual le confiere su carácter de caballero y de poseo de un espacio en el cual la sociedad no interpreta el comportamiento y el actuar de este en tanto liberador de viudas y huérfanos, pero también como contemplador de una realidad que escapa a los demás, pero que lo aísla y lo asimila a la locura ante estos. Su ceguera se convierte en una puerta hacia la fantasía, hacia la lectura de un entorno que no es el de los otros, pero al cual atribuye su existencia, ya sea por encantamiento o por desconocimiento propio de la incapacidad

de estos; pero también ese atribuye sus hechos a Dios como posibilitador de su capacidad heroica y digna ante la injusticia:

“El extático se halla “fuera de sí mismo”. No experimenta el mundo que lo rodea; está separado de su propio yo normal. El aislamiento del extático puede asumir varias formas, una de las cuales es la locura. Entre los motivos de la imagería extática más conocidos está el profeta inspirado por Dios, al que se tiene por “loco” porque está más allá de su entorno o de su yo o fuera de contacto con ellos.” (Barasch, 2003, p 90)

Relacionado con lo anterior, podemos deslindar el concepto de locura que la lectura como enfrentamiento con el texto “primigenio” impone. Lo cierto es que tal locura también se construye desde el plano de lo no aceptado como imposición, como derivación de una diferencia a la que los demás no acceden y que el mismo Sancho debe elaborar en su relación con el caballero andante. El caballero de la triste figura va permitiendo a este, paulatinamente, conocer la “verdad y realidad” que los otros no entienden pero que se manifiesta como flujo de aventuras propias de los escogidos, de los que pueden ver más allá de lo que los carentes de tal heroicidad pueden ver:

“Has de saber ¡oh Sancho amigo! Que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos...” (Cervantes, 1993, p 103)

La apelación que hace a su escudero por medio del vocativo es ya la puesta en evidencia de su lugar en el discurso, al cual no todos están llamados, pues no todos pueden contemplar lo que su ministerio le exige, ya sea por incapacidad, o por intervención de los enemigos del héroe, quien continúa de frente a su propia videnia, y a la interpretación de actos reservados solo a los elegidos por la misericordia de Dios o de los magos bienhechores.

Su construcción de hechos, y su lugar en el momento en que construye los significados, de forma antagónica a los demás, le hace construir(se) desde ese espacio de la otredad, como expresión de locura, pero también de videncia o de contemplación:

-¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo por algún extraño accidente debió de venir a manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y, sin saber lo que hacía, viéndola de otro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece vacía de barbero, como tú dices. Pero sea lo que fuere; que para mí que la conozco no hace al caso su trasmutación; que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte, que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas; y en este entretanto la traeré como pudiere, que más vale algo que no nada; cuanto más que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.” (Cervantes, 1993, p 106)

El caballero ve lo que los demás no, por lo que se convierte en un lector e intérprete de un mundo en el que construye y deconstruye de acuerdo con la percepción que su entendimiento y su encuentro con el entorno y los acontecimientos le van marcando:

“Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto, y según tienen la gana de favorecernos o destruirnos; y así, eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa. Y fué para providencia del sabio que es de mi parte, hacer que pareciera bacía a todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, a causa que, siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármele; pero como ven que no es más que un bacín de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle y le dejó en el suelo sin llevarle; que a fe que si le

conociera, que nunca él le dejara.” (Cervantes, 1993, pp 133-134)

Se convierte entonces la percepción en un ver que (re)convierte para uno y otros lo que significa el enfrentamiento con el mundo. La interpretación y significación del mundo se construye y se afirma desde la visión en la cual se mueven los personajes. Es esa la emergencia en la cual se hacen y se conforman estos de cara a la textualidad. Leer es ser, ver es construir, y actuar de conformidad con estos parámetros es hacerse en un mundo en el cual las diferencias, los antagonismos que dominan en el texto se van constituyendo en los elementos fundantes de una lectura de quien ve y quien carece de tal capacidad de percepción: el texto queda a la espera de una “verdad” que se manifiesta para unos y de la cual la lectura parece ser, en definitiva, el verdadero elemento constructor de significación.

Ya incluso cuando el texto introduce la historia que corresponde a la novela del curioso impertinente, ciertamente estamos de nuevo ante un claro ejemplo relacionado con la mirada, en tanto qué es lo que se ve y qué es lo que se desea ver. Cuando Lotario es interpelado por su amigo Anselmo para probar la virtud de Camila, lo cierto es que se está cegando de cara a los celos y al riesgo que comporta para él la potencial infidelidad de su esposa, cuando lo cierto es que esta se construye más bien a partir de la plena fidelidad hacia su marido. Anselmo se niega a ver, y se descubre ante una mirada que le lleva al engaño, mientras que Lotario, capaz de ver lo que aquel no ve, termina contemplando también algo más. Camila, por su parte, no es capaz de ver el engaño primero de su esposo, en tanto este intenta medir la virtuosidad de esta, y cuando lo descubre, ello no lleva más que al fracaso de todos, pues el mismo Lotario termina enamorándose de la pureza que Anselmo no logra descifrar en su esposa. La impertinencia radica en negarse a ver lo obvio, y a buscar la significación de una relación en donde esta no se halla. Anselmo es impertinente pues insiste en buscar e interpretar desde el lugar en donde no caber la mirada del engaño. Es él quien da lugar a este espacio de transformación, y quien termina sucumbiendo

ante el mismo, y provoca la caída de todos. Anselmo no es capaz de observar, e insiste en ver donde no existe un espacio para otra mirada; no obstante, construye este espacio y precipita la amistad y el cariño que siente hacia su amigo y con ello arrastra también a su esposa Camila, obligándola a abrir el lugar de una nueva mirada: el de la infidelidad, en donde esta no existía.

El texto pone a prueba el lugar de la amistad y de la relación matrimonial, pero provoca la emergencia de la alucinación, que es la huella que ha de traer el caos (si es que existe un perfecto orden desde antes de la puesta en marcha de la prueba) a lo establecido hasta ese momento.

Abrir la posibilidad de un cambio en la relación que ha permanecido inalterable, y marcada por la lealtad, la fraternidad y el amor hasta ese momento, parece ser el pago, desde el punto de vista trágico, por aventurarse contra la armonía imperante. Es una especie de reto del cual no se sale igual, ni mejor, sino que más bien, a la manera de la tragedia trágica, el reto a los dioses comporta un severo castigo, así también la insistencia de Anselmo cobra un pago demasiado elevado por su insolencia, y en ello no solo muere, sino que termina llevando el castigo también a sus más queridas personas. La muerte lleva también para Lotario, y el destierro o autoexilio, que se convierte en una muerte simbólica, termina también alcanzando a Camila. Aquel ha insistido en buscar un espacio para la mirada, insistimos, en donde tal no cabía, por lo cual obliga a sus transformación vital, de forma que este espacio termine adquiriendo existencia. Al posibilitarlo, va camino a un fin del cual ya no puede evadirse, a pesar de que termina aceptando que este nuevo sitio de desencuentro al que da cabida, es parte de su error (de su falsa percepción), al producir un mundo que no tenía, en principio, posibilidad alguna. Al acallar la mirada primera, para que sea desplazada por la nueva, no hace sino destruir aquella para obligar al surgimiento, no al asomo, de una nueva. Se obliga a ver una realidad que no existía para los otros, pero que el hace surgir. Al poner en entredicho la lealtad de su esposa únicamente con el pensamiento, da lugar a un nuevo mundo, a un universo de significación diferente, pues ya no se ve lo que se veía, sino la aparición de otro espacio

del que él ha sido el causante en tanto se ha despojado de la primera mirada para obligar a su esposa a un desenmascaramiento en un espacio en el que no existía la máscara, sino que es este quien insiste en ponerla ante ella, con lo que termina colocando, asimismo, una máscara a su amigo. Al ver no la verdad, sino construir el engaño, da lugar a una mentira, a una percepción que lo lleva a crear una falsa idea de su relación marital, cuando, finalmente convencido de la fidelidad, no logra ver la puesta en escena de la infidelidad. Se convierte en actor de una mentira de la cual ha sido el principal protagonista. Se convierte en ciego, después de haber negado seguir viendo la plena fidelidad de su esposa, y la total amistad de su amigo Lotario. Se convierte en ciego cuando levanta el engaño ante sí sin darse cuenta y se asume desde un nuevo espacio de mentira, después de haber renunciado a la verdad. Se ve y construye el engaño para dar paso al desplazamiento de la verdad y rehacerse desde lo falso. La verdad y la apariencia como hacedores de un nuevo universo de sentido.

Dentro de tales acontecimientos, el espacio que don Quijote construye desde su percepción, adquiere en su discurso un lugar incuestionable desde el que la mirada y la construcción que esta le ofrece, desplaza la mirada de los otros:

“Decid socarrón de lengua viperina, y ¿quién pensáis que ha ganado este reino y cortado la cabeza de este gigante, y héchoos a vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), si no es el valor de Dulcinea tomando a mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea por mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser.”
(Cervantes, 2003, pp 173-174)

El mundo de don Quijote se va conformando al lado de los demás, y este nuevo mundo es confirmado por el propio Sancho, como un indicio de que atraviesa el puente que separa el universo de su amo del de los demás:

“Poco más quedaba por leer de la novela, cuando del caramanchón donde reposaba don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo a voces:

-Acudid, señores, presto y socorred a mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. ¡Vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha taja-do la cabeza cercen a cercen, como si fuera un nabo! (Cervantes, 2003, p 208)

La apropiación del espacio de la mirada es ya evidente en el escudero, el cual deja de lado la percepción de los otros, y se apropia, en tanto ha visto, según señala, del universo de su amo, y le da espacio dentro de su propio universo de senti-do, tal como se reitera en la siguiente cita:

"Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo: -Ya yo sé que todo lo de esta casa es encanto-tamento; que la otra vez en este mismo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos moji-cones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver a nadie; y ahora no parece por aquí esta cabeza, que vi cortar por mis mismí-simos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente.

-¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? -dijo el Ventero-. ¿No ves ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estros cueros que aquí están horadados y el vino tinto que nada en este aposento, que nadan-do vea yo el alma, en los infiernos, de quien los horadó? (Cervantes, 2003, p 209)

Es una mirada que no posee discusión, precisamente porque la apariencia no es la del valeroso hidalgo, sino más bien la de los demás, que no logran descifrar las mentiras que los magos y los demonios ciernen sobre sus miradas. Es la lectura del mundo de la princesa Micomicona, la que debe ser rescatada por el caballero, el que no discute la pertinencia de su misión, como una posibilidad más de reafirmar su grandeza y el amor hacia su amada.

En la novela, la contemplación del caba-llero no se desvía de la verdad en tanto nunca pone en duda los sucesos por los cuales atraviesa, por lo que no son los otros quienes legitiman su mirada, sino su posición de caballero lo que da

sostén, no a la mentira, sino a esta verdad que se presenta ante sus ojos:

"A cuyas señas y voz volvió don Quijote la cabe-za, y vio a la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, cómo le llamaban del agu-jero, que a él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta; y luego en el instante se le representó en su loca imaginación que otra vez, como la pasada, la doncella hermosa hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor, tornaba a solicitarle; y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas a Rocinante y se alejó al agujero..." (Cervantes, 1993, p 259)

Don Quijote es un caballero en el cual los demás ven a un descentrado, pero que en el texto se va afirmando paulatinamente, al lado de Sancho, como el baluarte de un espacio en el que la defensa de los ideales y de la justicia va adquiriendo un espacio preponderante del que escapan prácticamente todos los otros, por lo que la nobleza que defiende se constituye en el signo de una locura y de una pérdida que lo llevan a la marginalidad ante estos. Don Quijote construye un componente de lucha vital que le permite la defensa de los indefensos, por lo que logra mirar lo que los otros se niegan a ver, y que responde a revalorar lo noble en un mundo en el cual los valores pierden vigencia o son desplazados por otros. Tanto el caballero andante como su leal escudero van desplazándose de un lugar a otro, en procura de la fama, la honra, la gloria que les permita el logro del amor de la amada, o la sabiduría que ha de dar la regencia de una ínsula en la que complementar su búsqueda. Por lo demás, es el enfrentamiento de un mundo de ideales contra otro de vaciedad humana, de desposesión, que coexisten en un mismo tiempo y espacio.

La construcción de un mundo que se fun-damenta en aquello, no solo que es percibido desde la apariencia, sino que incluso reviste el lugar de lo verdadero, en tanto se lo ha "visto", es lo que mueve el ser mismo del papel de caballero con el que don Quijote se construye a lo largo de la novela:

“-Ese es otro error –respondió don Quijote- en que han caído muchos, que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo; y yo muchas veces, con diversas gentes y ocasiones, he procurado salir a la luz de la verdad este casi común engaño; pero algunas veces no he salido con mi intención, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad; la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi a Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado a Amadís pudiera, a mi parecer, pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias en el orbe, que por la aprehensión que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas.” (Cervantes, 1993, p 324).

Ello confirma que don Quijote no se mueve dentro del ámbito de lo apariencial, sino que su construcción del mundo caballeresco se da desde la contemplación que su lugar como héroe le permite, a diferencia de los otros, que construyen su esquema de universo desde el espacio de otra posibilidad “óptica” que no es el suyo, y que definen como “verdad” en contra de locura de quien no entre en esta lógica. ¿Cuál es entonces la locura y la cordura que se van haciendo en el desarrollo de la novela? Don Quijote describe sus vivencias desde lo que ve, por lo cual su ceguera no lo es tal sino para los demás, incapaces de compartir su óptica y su construcción y delimitación del entorno. La otredad de los que se mueven en derredor es el principal obstáculo para lograr acceder al conocimiento que el caballero posee:

“-¡Válame Dios!- dijo la Sobrina.- ¡Que separa vuesa merced tanto, señor tío, que, si fuese menester en una necesidad, podría subir en un púlpito e irse a predicar por esa calles, y que, con todo esto, dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé a entender

que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado, y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo, porque aunque lo pueden ser los hidalgos, no lo son los pobres...! (Cervantes, 1993, p 341).

La ambivalencia que se establece a partir de las diversas posiciones y percepciones es lo que van dando ambigüedad a un espacio socio-histórico que define a unos y otros y les va redefiniendo su lugar dentro de ese ámbito. Sansón Carrasco es el opuesto a Don Quijote pues ve en él a un loco, mientras don Quijote encentra en este a un sujeto cuya inteligencia debiera ser aprovechada en beneficio de la labor que él defiende como héroe, y constructor y defensor de justicia. La ceguera que se hace presente en uno y otro, no es más que las fuerzas que chocan permanentemente y que hasta el final de la novela ha de encontrar una resolución que abate una de las construcciones de ese momento.

Por todo ello, el caballero insiste en develar un mundo desconocido para los demás; su misión no es solo la de impartir equidad en el mundo, sino la de correr el velo que impide a los otros darse cuenta de que la ceguera que los posee les ha “vuelto el seso” y limitado su conocimiento. Don Quijote ve porque quiere hacer manifiesto un nuevo sentido para sí y los demás, entre los cuales Sancho debe ser también un aprehensor de ese conocimiento:

“-¡Bardas de corral se te antojaron aquéllas, Sancho –dijo don Quijote-, adónde o por dónde viste aquella jamás bastante alabada gentileza y hermosura? No debían de ser sino galerías, o corredores, o lonjas, o como las llaman, de ricos y reales palacios.

-Todo pudo ser –respondió Sancho-; pero a mí bardas me parecieron, si no que soy falto de memoria.

-Con todo eso, vamos allá, Sancho –replicó don Quijote-; que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas, o por resquicios, o verjas de jardines; que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue a mis ojos alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón, de

modo, que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía.” (Cervantes, 1993, p 348).

Tal ceguera, entonces, no lo es en la medida en que se manifieste la contraposición de los mundos de forma simultánea. La novela construye, aun cuando exista una posición para unos y otra para otros, un espejo en el que no es el reflejo lo que se manifiesta sino la imagen alterada de lo que se asoma ante él. Don Quijote ve en su espejo un mundo que debe ser cambiado, por lo que inicia, con sus obras, la transformación que espera se dé. Los otros, tales como el cura, el barbero, Sansón Carrasco, la Sobrina, el Ama no esperan sino que don Quijote mire en el espejo la misma imagen que ellos perciben, lo que le ha de dar un espacio de “cordura” dentro del caos en el que ellos se mueven. La locura, desde ese punto de vista, no es la de él, sino la de ellos al aferrarse a un momento en el cual lo existente es lo que requiere una transformación, es decir, una nueva forma de percepción, que la tiene don Quijote y la va adquiriendo Sancho, pero nunca ellos, los auténticos ciegos en definitiva. Ya incluso el caballero no se deja “engañar” por lo que a los otros se vuelve evidente, sino que cuestiona lo que para ellos es, de forma que ve pero descalifica lo que amenaza su espacio de héroe y de caudillo, aun cuando sea obra de los hechiceros y magos malvados que tratan de poner en jaque su heroicidad y gallardía:

“¿Quién podría decir lo que vió, sin causar admiración, maravilla y espanto a los que lo oyeron? Vió, dice la historia, el rostro mesmo, la misma figura, el mesmo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva mesma del bachiller Sansón Carrasco; y así como la vió, en altas voces dijo:

-¡Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no lo has de creer! ¡Aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia; lo que pueden los hechiceros y los encantadores!

Llegó Sancho, y como vió el rostro del bachiller Carrasco, comenzó a hacerse mil cruces y a santiguarse otras tantas. En todo esto, no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo a don Quijote:

-Soy de parecer, señor mío, que, por sí o por no, vuesa merced hínque y meta la espada por la boca a este que parece el bachiller Sansón Carrasco; quizá matará en él a alguno de sus enemigos los encantadores” (Cervantes, 1993, p 376).

La mirada de don Quijote, no es por lo tanto, la de los otros, pues su percepción de ese entorno que a los otros margina, o lo margina, los pone en permanente contradicción, la que salda el caballero con la afirmación de su verdad, fundada en la “percepción” que a los otros ha escapado, pero de la que en ningún momento duda, pues se reafirma en la descripción de lo percibido:

“-Ese es otro error –respondió don Quijote– en que han caído muchos, que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo; y yo muchas veces, con diversas gentes y ocasiones, he procurado sacar a la luz de la verdad este casi común engaño; pero algunas veces no he salido con mi intención, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad; la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi a Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto en razones, tardo en airarse y presto en deponer la ira; y del modo en que he delineado a Amadís pudiera, a mi parecer, pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias en el orbe, que por la aprehensión que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron, y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus faciones, sus colores y estaturas.” (Cervantes, 1993, p 324)

Don Quijote no da lugar al cuestionamiento del otro, sino que se afirma en su perspectiva, en su propia percepción del entorno, desde el que lee e interpreta el universo en el que se mueve su ejercicio de caballero andante, a tal punto que incluso los propios sucesos que acontecen los ve desde la óptica de lo caballeresco, pues es su función vital:

“Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormía, sino que realmente estaba despierto; con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos; por certificarme si era yo mismo el que ahí estaba, o alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego a la vista un real y suntuoso palacio o alcázar, cuyos muros y paredes parecían de transparente y claro cristal fabricados; del cual abriéndose dos grandes puertas, vi que por ellas salía y hacia mí se venía un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba, ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde: cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba, canísima, le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz; el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas, me suspendieron y admiraron. Llegóse a mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: “-Luengos tiempos ha, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos; hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo.” (Cervantes, 1993, pp 414-415).

La cita anterior confirma, de acuerdo con lo señalado, el desplazamiento de la significación que se establece entre lo visto y lo no percibido, entre lo real y lo aparente, pero en un contexto desde el cual don Quijote “vive” y contempla la experiencia misma que describe, lo cual es desconocido o ajeno para los otros, cuyo nivel de interpretación responde a una “contemplación” diferente. Tal mirada, de la que los otros quedan de lado, ha de ser la marca característica de su ser soñador, de ese ir más allá de la carente percepción que posee a los otros. Su traslación de la apariencia a la reafirmación de lo ciertamente

contemplado no deja lugar a la duda, sin importar lo que la mayoría piense, pues su condición de caballero lo afirma en la verdad, mientras que la desposesión de tal sitio, o la carencia de este lugar en los otros es simplemente un síntoma de que no pueden acceder a su espacio de privilegio, reservado para sí como caballero, como héroe, como sujeto de prerrogativas es un mundo de banalidad. Ve porque los otros están sujetos a la ceguera por la condición misma de “meros mortales”, y no por la grandeza que solo a los grandes les está reservada, producto de sus maravillosas aventuras y encuentros:

“Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos; volví la cabeza, y vi por las paredes de cristal que por la otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco.” (Cervantes, 1993, p 416)

Se mira porque se posee el “revestimiento” que solo a los grandes les está reservado, propio de los espíritus nobles, al cual debe ir aspirando Sancho para lograr la contemplación que ya su amo ha alcanzado. Don Quijote encuentra en el camino que le traza su mirada un nuevo momento detrás del cual se descubren permanentes aventuras que, por su condición de caballero, le están reservadas solo a él. Se contempla a sí mismo como un nuevo lector de la humanidad en medio de un entorno sujeto a las limitaciones de las cuales los demás son víctimas, pues no son capaces de ver y de percibir, así como de interpretar, los signos que le van siendo revelados a lo largo de cada una de sus diversas aventuras con magos, encantados, hechiceros, brujos malignos, bienhechores, etc. Sancho se va permeando de tal capacidad de lectura y de riqueza de mirada que su amo le va posibilitando por medio de la sabiduría que adquiere poco a poco y que le va dando una nueva dimensión también el mundo de la mirada. De esta manera, adentrarse en el espacio de la mirada de la cual él se posesiona, constituye asumirse desde la óptica de la prerrogativa que tal espacio le confiere y que le ha sido asignado

en tanto está recubierto por la diferencia. Es diferente en la medida en que se distancia de la "apariencia" de los demás y se adentra en el mundo de la mistificación propia de los grandes héroes, únicos posibilitados de convertirse en aquellos que se adhieren a ese lugar irreconocible para los demás, pero abierto solo para quienes observan y descubren, de-velan el conocimiento de un más allá imposible de ser asido por estos.

Don Quijote es, en definitiva, el héroe que enarbola el discurso del ideal, fundado no solo en su sueño de justicia, en su función de caballero, sino, y quizás principalmente, en su privilegio de mirar, de percibir, de ver lo que solo a los grandes les pertenece como tales, y que viene a constituirse en uno de los elementos legitimadores de su espacio heroico en un momento en que los ciegos deambulan por el universo de la injusticia, de las sombras de los desvalores y de la imposibilidad de leer e interpretar, de observar, en resumen, lo que al gran hidalgo le ha tocado como caudillo. Es esa su legitimación y su emergencia de cara a su sociedad, y a los siglos venideros.

BIBLIOGRAFÍA

- Abudara, Óscar et alii. (1986) *Argentina, psicoanálisis, represión política*. Buenos Aires: Ediciones Kargieman.
- Adoum, Jorge Enrique. (1980) "El realismo de la otra realidad", en *América Latina en su literatura*. México: Séptima edición. Editorial Siglo XXI. Páginas 204-216.
- Aguiar e Silva, Víctor Manuel. (1972) *Teoría de la literatura*. Madrid: Editorial Gredos.
- Aínsa, Fernando. (1997) "El desafío de la identidad múltiple en la sociedad globalizada", en VIII Congreso de la Federación Internacional de Estudios sobre América Latina y el Caribe (FIEALC). Modernización e identidad en el marco de los procesos de globalización. Talca, Chile. Páginas 1-26.
- Alegría, Fernando. (1976) "Antiliteratura": En *América Latina en su literatura*. México: Tercera edición, Editorial Siglo XXI. Páginas 243-258.
- Ali-, Sami. (1993) "Espacio y visión. De la deficiencia visual": En *El cuerpo, el espacio y el tiempo*. Buenos Aires, Amorrortu Editores. Páginas 143-174.
- (1993) "Espacio y proyección. De la teoría de la perspectiva en Alberti (siglo XV)": En *El cuerpo, el espacio y el tiempo*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. Páginas 175-195
- Alvarenga Venutolo, Patricia. (2005) *De vecinos a ciudadanos*. San José, Costa Rica: Editorial Universidad de Costa Rica y Editorial de la Universidad Nacional.
- Appadurai, Arjun. (2002) "Disyunción y diferencia en la economía cultural global", en revista *Criterios*, La Habana, número 33, 2002. Páginas 14-41.
- Arari, Roberto. (1987) *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, de Lacan: una introducción*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Arias, Juan. (1998) *José Saramago: el amor posible*. Barcelona: Tercera edición, Editorial Planeta.
- Arroyo, Anita. (1980) "Ernesto Sábato: culminación de la literatura fantástica": En *Narrativa hispanoamericana actual*. Barcelona: Editorial Universitaria. Universidad de Puerto Rico. Páginas 239-256.
- Assoun, Paul-Laurent. (2004) *Lecciones psicoanalíticas sobre la mirada y la voz*. Buenos Aires, Editorial Nueva Visión.
- Azofeifa, Isaac Felipe. (1985) "Ernesto Sábato y la problemática existencial": En *Literatura hispanoamericana contemporánea*. San José, Costa Rica: Segunda reimpresión, EUNED. Páginas 79-93.
- Bajtin, Mijail. (1987) "La imagen grotesca del cuerpo en Rabelais y sus fuentes" En: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid: Editorial Alianza. Pags. 273-331.
- Barach, Moshe. (2003) *La ceguera: Historia de una imagen mental*. Madrid: Editorial Ensayos Arte Cátedra.

- Bermúdez, Manuel. (1996) "Lo mejor de Los Peor", en Suplemento Los Libros, Semanario Universidad. Febrero. Página 3.
- Bickermann, Joseph. (1932) *Don Quijote y Fausto: los héroes y las obras*. Barcelona: Casa Editorial Araluce.
- Birmingham, David. (1995) "La dictadura y el imperio africano" y "La democracia y la comunidad europea": En *Historia de Portugal*. Cambridge: Cambridge University Press. Páginas 217-271.
- Bodni, Osvaldo (1986) "El analista, su identidad y su entorno": En *Argentina, psicoanálisis, represión política*. Buenos Aires: Ediciones Kargieman. Páginas 131-136.
- Bourdieu, Pierre. (2002) "La génesis social de la mirada": En *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Tercera edición, Editorial Anagrama. Páginas 458-469.
- Braunstein, Néstor. (1988) "Nada que sea más siniestro (*unheimlich*) que el hombre": En *A medio siglo de El malestar en la cultura*. México: Quinta edición, Editorial Siglo XXI. Páginas 191-228.
- Burgués, Rod, Marisa Carmona y Theo Kolstee. (S.f.e.) *Neoliberalismo y estrategias urbanas. Países en desarrollo*. S.I.
- Campa, Ricardo. (1973) "Ernesto Sábato": En *Homenaje a Ernesto Sábato: variaciones interpretativas en torno a su obra*. (Editor Helmy F. Giacomán). Madrid: Editorial Anaya. Páginas 259-272.
- Campos, Jorge. (1973) "Sobre Ernesto Sábato", en *Homenaje a Ernesto Sábato: variaciones interpretativas en torno a su obra*. (Editor Helmy F. Giacomán). Madrid: Editorial Anaya. Páginas 395-406.
- Cardona Cooper, Rodolfo. (1996) "Balance esperpéntico: *Los Peor* de Fernando Contreras Castro", en *Áncora, La Nación*. 17 de marzo. Página 4.
- Casalduero, Joaquín. (1943) *Vida y obra de Galdós*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Casalduero, Joaquín. (1951) *Vida y obra de Galdós* (versión ampliada). Madrid: Editorial Gredos.
- Castillo, Abelardo. (1973) "Sobre héroes y tumbas", en *Homenaje a Ernesto Sábato: Variaciones interpretativas en torno a su obra*. (Editor Helmy F. Giacomán). Madrid: Editorial Anaya. Páginas 219-230.
- Castro-Gómez, Santiago. "Latinoamericanismo, modernidad, globalización: Prolegómenos a una crítica poscolonial de la razón", en <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/castroG.htm>
- Castro Gómez, Santiago. (1995) "Los desafíos de la posmodernidad a la filosofía latinoamericana". <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/castroG.htm>
- Catania, Carlos. (1973) *Sábato: entre la idea y la sangre*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica.
- Cersósimo, Emilse Beatriz. (1972) "*Sobre héroes y tumbas*": de los caracteres a la metafísica. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Coddou, Marcelo. (1973) "La teoría del ser nacional argentino en "Sobre héroes y tumbas"", en *Homenaje a Ernesto Sábato: variaciones interpretativas en torno a su obra*. Madrid: Editorial Anaya. Páginas 104-125.
- Contreras Castro, Fernando. (1995) *Los Peor*. San José, Costa Rica: Ediciones Farben.
- Contreras, Castro, Fernando. (1996) "Un peor hace cien", en *Áncora, La Nación*. San José, 17 de marzo. Página 1.
- Correa, Gustavo. (1977) *Realidad, ficción y símbolo en las novelas de Pérez Galdós. Ensayo de estética realista*. Madrid: Editorial Gredos.
- Costa Horacio. (2004) *José Saramago: el periodo formativo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Enríquez Criccal, María. S.f. "Regards sur la ville: *Los Peor*, de Fernando Contreras", en *América Cahiers du Criccal. Les nouveaux réalismes* 1

- série. Presses de la sorbonne nouvelle. Número 23.
- Dapaz Strout, Lilia. (1973) "“Sobre héroes y tumbas”": Mito, realidad y superrealidad", en *Homenaje a Ernesto Sábato: variaciones interpretativas en torno a su obra* (Editor Helmy F. Giacomán). Madrid: Editorial Anaya. Páginas 359-373.
- Dávalos, Baica. (1973) "Sobre héroes y tumbas", en: *Homenaje a Ernesto Sábato: variaciones interpretativas en torno a su obra*. (Editor Helmy F. Giacomán). Madrid: Editorial Anaya. Madrid. Páginas 385-393.
- Dellepiane, Ángela. (1973) "“Sobre héroes y tumbas”": Interpretación literaria y análisis estructural", en: *Homenaje a Ernesto Sábato: variaciones interpretativas en torno a su obra*. (Editor Helmy F. Giacomán). Madrid: Editorial Anaya. Páginas 29-103.
- Devés Valdés, Eduardo. (2004) *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX: entre la modernización y la identidad* (tomo III). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Durán, Manuel. (1973) "Ernesto Sábato y la literatura argentina de hoy", en: *Homenaje a Ernesto Sábato: variaciones interpretativas en torno a su obra* (Editor Helmy F. Giacomán). Madrid: Editorial Anaya. Páginas 207-218.
- Entel, Alicia. (1993) "La comunicación de la crisis en la cultura urbana. Los principios en movimiento. Expresiones de movimientos sociales", en: *La mirada oblicua. Estudios culturales y democracia*. (Silvia Delfino, compiladora). Buenos Aires: La Marca. Páginas 111-118.
- Estramil, Mercedes. "Infierno y paraíso de los ciegos", en *El País Cultural*. Ciencias, artes y letras. Año IX, número 155. Montevideo, Uruguay. Páginas 8-9.
- Estrella Gutiérrez, Fermín (1954) *Historia de la literatura española*. Buenos Aires: Quinta edición. Kapelusz.
- Fernández Christlieb, Pablo. (2004) *La sociedad mental*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Fragomeno, Roberto. (1999) *Intelectuales: el obstáculo de los espejos*. San José, Costa Rica: Ediciones Perro Azul.
- Fragomeno, Roberto. (2003) *Las tribulaciones de la mirada. La lógica del castigo de los mercaderes, los financistas y los inspectores*. San José, Costa Rica: Ediciones Perro Azul.
- Freud, Sigmund. (1986) "La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis" (1910), en: *Obras completas* (volumen XI). Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- (1986) "Lo ominoso" (1910), en: *Obras completas* (volumen XVII). Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- (1981) "El malestar en la cultura", en *A medio siglo de El malestar en la cultura*. México D.F.: Quinta edición. Editorial Siglo XXI. Páginas 22-116
- Gennari, Mario. (1997) "Teoría estética, ciencias humanas y ciencias de la educación", en: *La educación estética: arte y literatura*. Barcelona: Editorial Paidós. Páginas 19-111.
- Giddens, Anthony. (1994) *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Primera reimpresión. Alianza Editorial.
- Girona Fibla, Nuria. (1995) *Escrituras de la historia: la novela argentina de los años 80*. Valencia: Departamento de Filología Española. Facultad de Filología. Anejo número XVII de la Revista Cuadernos de Filología.
- Gómez Hinojosa, José Francisco. (1993) "¿Tiene futuro la postmodernidad? Algunas perspectivas para América Latina". *Revista Efemérides Mejicanas*. Número 33. Páginas 305-330.
- Guillerault, Gérard. (2005) "Lo real de la mirada", en: *Dolto, Lacan y el estadio del espejo*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión. Páginas 227-255.
- Gullón, Ricardo. (1996) *Galdós, novelista moderno*. Madrid: Editorial Gredos.
- Gutman, Margarita y Jorge Enrique Hardoy. (1992) "Buenos Aires contemporánea: 1955-1991"

- (capítulo X), en: *Buenos Aires. Historia urbana del Área Metropolitana*. Madrid: Editorial MAPFRE. Páginas 213-261.
- Harari, Roberto. (2000) *¿Qué sucede en el acto analítico? La experiencia del psicoanálisis*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Hassan, Ihab. (1987) "Toward a concept of postmodernism", in: *The Postmodern Turn* Ohio: Ohio State University Press. Páginas 273-285.
- Herra, Rafael Ángel. (1999) *Lo monstruoso y lo bello*. San José. Costa Rica: Primera reimpression. Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Holzappel, Tamara. (1973) "El "Informe sobre ciegos" o el optimismo de la voluntad", en: *Homenaje a Ernesto Sábato. Variaciones interpretativas en torno a su obra*. Madrid: Editorial Anaya. Páginas 143-156.
- Hurtado, Gerardo César. "Los peor y los contemporáneos", en *Suplemento Los Libros, Semanario Universidad*. Octubre de 1996. Página 1.
- Jameson, Fredric. (2001) "Teorías de lo postmoderno", en: *Teoría de la modernidad*. Madrid: Tercera edición. Editorial Trotta. Páginas 85-96.
- (2002) *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Jiménez Hernández, Jorge (1998) "Si algo pudiera llevarme a la muerte eso sería el ruido del mar": Una lectura de "Los Peor" como estética de los excluidos", en *Revista Girasol* (noviembre, número 2), de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica. Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica. Páginas 41-44.
- Jiménez T., Sandra. (1994) "La mirada: el sostén de un deseo", en: San José, Costa Rica: Editorial Porvenir. Páginas 61-72. *Inscribir el psicoanálisis*.
- Kayser, Wolfgang. (1964) *Lo grotesco. Su configuración en pintura y literatura*. Buenos Aires: Editorial Nova.
- Kofler, Leo. (1972) *Arte abstracto y literatura del absurdo*. Barcelona: Barral Editores.
- Kristeva, Julia. (1989) *Poderes de la perversión. Ensayo sobre Louis-Ferdinand Céline*. Segunda edición. México D.F.: Editorial Siglo XXI.
- Lacan, Jacques. (2001) "De la mirada como objeto a minúscula", en *El Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós. Páginas 75-126.
- Lacan, Jacques. (1979) "El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma", en: *Escritos I*. México D.F.: Séptima edición. Editorial Siglo XXI. Páginas 21-36.
- Lagmanovich, David. (1973) "Un ensayo de Ernesto Sábato: "Sobre los dos Borges", en: *Homenaje a Ernesto Sábato: Variaciones interpretativas en torno a su obra*. (Editor Helmy F. Giacomán). Madrid: Editorial Anaya. Páginas 273-293.
- Lash, Scott. (1997) *Sociología del posmodernismo*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Levy, Bernard. (2002) "Alrededor de la mirada", en: *Lacan: la marca del leer*. Barcelona: Editorial Anthropos. Páginas 111-116.
- Lipp, Solomon. (1973) "Ernesto Sábato: Síntoma de una época", en: *Homenaje a Ernesto Sábato: Variaciones interpretativas en torno a su obra*. (Editor Helmy F. Giacomán). Madrid: Editorial Anaya. Páginas 295-312)
- Lyon, David. (1999) *Postmodernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lyon, David. (2000) *Postmodernidad*. Madrid: Segunda edición. Alianza Editorial.
- Liotard, Jean-Francois. (2003) *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona: Séptima reimpression. Editorial Gedisa.
- (2000) *La condición posmoderna*. Madrid: Séptima edición. Editorial Cátedra.

- Man, Paul De. (1991) *Visión y ceguera: Ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea*. Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Marín, Diego y Ángel del Río (1966) *Breve historia de la literatura española*. New Cork: Holt, Rinehart and Winston.
- Martí Tusquets, J. L. y M. J. Murcia Grau. (1988) *Enfermedad mental y entorno urbano. Metodología e investigación*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Martín Loug, María Asunción y Eduardo Múscar Benesayag. (1992) "Segunda mitad del Siglo XX. De la industrialización al deterioro de las estructuras económicas y sociales" (capítulo VI) y "Consecuencias generales del proceso de urbanización en América del Sur" (capítulo VII), en: *Proceso de urbanización en América del Sur. Modelos de ocupación del espacio*. Madrid: Editorial MAPFRE. Páginas 227-295.
- Mendizábal, J.C. S.f. "Cela y el juego de ciegos. Los ciegos en Camilo José Cela; realidad y crítica."
- Merleau-Ponty, Maurice. (1970) *Lo visible y lo invisible*. Barcelona: Editorial Seix Barral.
- Merquior, José Guilherme. (1976) "Situación del escritor", en: *América Latina en su literatura*. México D. F.: Tercera edición. Editorial Siglo XXI. Páginas 372-388.
- Montesinos, José F. (1968) *Galdós*. Valencia: Editorial Castalia.
- Montiel, Luis. (1989) *Con los ojos de Perséfone: una lectura de Ernesto Sábato*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.
- Morúa Torre, Ana Cecilia (2002) *La novela costarricense contemporánea: una aproximación a la obra de Fernando Contreras Castro* (Tesis de Maestría Profesional). San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica.
- Nasio, Juan David. (2001) *La Mirada en Psicoanálisis*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Oviedo, José Miguel. (1998) "La búsqueda existencialista: la ficción y reflexión de Sábato". En: *Historia de la literatura hispanoamericana: de Borges al presente*. Madrid: Alianza Editorial. Págs. 60-67.
- Pamuk, Orhan. (2006). *Me llamo Rojo*. México: Editorial Alfaguara.
- Pastrana, Enrique. (2002). "Sobre un fragmento de la visión. Fragmento clínico" En: *Lacan la marca del leer*. Barcelona: Editorial Anthropos. Págs. 117-122.
- Pérez Galdós, Benito. (1980) *Marianela*. San José, Costa Rica: Editorial Fernández Arce.
- Picado Gómez, Manuel. (1983) *Literatura, ideología, crítica: notas para un estudio de la literatura costarricense*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica.
- Portuondo, José Antonio. (1976) "Literatura y sociedad", en *América Latina en su literatura*. México D. F.: Tercera edición. Editorial Siglo XXI. Páginas 391-405.
- Posse, Abel. (2001) "Nuestra clase política es mediocre" (1989), en: *Así hablan los que escriben* (Alfredo Serra, entrevistador). Buenos Aires: Editorial Atlántida. Páginas 171-177.
- Rafols, J. F. (2000) "Modernidad versus posmodernidad", en: *Historia del arte*. Barcelona: Segunda edición. Editorial Óptima. Páginas 584-586.
- Reik, Theodor. (1988) "La reflexión de Freud sobre la cultura (El malestar en la cultura)", en: *A medio siglo de El malestar en la cultura*. México D. F.: Quinta edición. Editorial Siglo XXI. Páginas 117-135.
- Reisfeld, Silvia. (2004) "La mirada", en: *Tatuajes. Una mirada psicoanalítica*. Buenos Aires: Editorial Paidós. Páginas 57-63.
- Richard, Nelly. (1994) "Latinoamérica y la Posmodernidad", en Herlinghaus, Hermann/Walter, Monika (eds.) *Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural*. Berlín: Langer. Páginas 210-222.

- Roa, Armando. (1995) *Modernidad y posmodernidad: coincidencias y diferencias fundamentales*. Santiago de Chile: Segunda edición. Editorial Andrés Bello.
- Rojas Osorio, Carlos. (2003) *La filosofía en el debate posmoderno*. Heredia, Costa Rica: EUNA.
- Rojas Osorio, Carlos. (2001) *Foucault y el posmodernismo*. Heredia, Costa Rica: EUNA. Heredia, Costa Rica, 2001.
- Romero, José Luis. (1993) "Emigrar del campo a la ciudad", en: *La mirada oblicua: estudios culturales y democracia*. (Silvia Delfino, compiladora). Buenos Aires: Editorial La Marca. Páginas 43-45.
- Sábato, Ernesto. (1972) *Sobre héroes y tumbas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Sánchez Barbudo, Antonio. (1981) *Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado*. Barcelona: Tercera edición. Editorial Lumen.
- Sartre, Jean Paul. (1998) "La mirada", en *El ser y la nada*. Buenos Aires: Décima edición. Editorial Losada. Páginas 328-385.
- Saramago, José. (2001) *Ensayo sobre la ceguera*. Madrid: Séptima edición. Editorial Punto de Lectura.
- Saramago, José. (1997) *Cuadernos de Lanzarote (1993-1995)*. Madrid: Segunda edición. Editorial Alfaguara.
- Serra, Alfredo (entrevistador). (2001) *Así hablan los que escriben*. Buenos Aires: Editorial Atlántida.
- Schmucler, Héctor y Patricia Terreros. (1993) "Técnica y cultura urbana", en: *La mirada oblicua. Estudios culturales y democracia*. (Silvia Delfino, compiladora). Buenos Aires: La Marca. Páginas 129-136.
- Schulman, Iván A. (1973) "Ernesto Sábato y la teoría de la nueva novela", en: *Homenaje a Ernesto Sábato: variaciones interpretativas en torno a su obra*. (Editor Helmy F. Giacomán). Madrid: Editorial Anaya. Páginas 313-326.
- Sopena Ibáñez. (1970) *Arte y sociedad en Galdós*. Madrid: Editorial Gredos.
- Sorel, Andrés. (2007) *Saramago: una mirada triste y lúcida*. Madrid: Ediciones Alga.
- Stephens, Doris y A. M. Vázquez-Bigi (1973) "Lo arquetípico en la teoría y creación novelística sabatiana", en: *Homenaje a Ernesto Sábato: variaciones interpretativas en torno a su obra*. (Editor Helmy F. Giacomán). Madrid: Editorial Anaya. Páginas 327-358)
- Urbina, Nicasio. (1992) *La significación del género: Estudio semiótico de las novelas y ensayos de Ernesto Sábato*. Miami, Florida: Ediciones Universal.
- Valbuena Prat, Ángel. (1964) *Historia de la literatura española* (tomo III). Barcelona: Séptima edición. Editorial Gustavo Gili.
- Vargas Llosa, Mario. (2001) "Posmodernismo y frivolidad" (marzo 1994), en: *El lenguaje de la pasión*. Madrid: Editorial Aguilar. Páginas 31-38.
- Vera, Catherine. (1973) "El dilema del hombre moderno en "Sobre héroes y tumbas"", en: *Homenaje a Ernesto Sábato: variaciones interpretativas en torno a su obra*. (Editor Helmy F. Giacomán). Madrid: Editorial Anaya. Páginas 375-384.
- Vernant, Jean-Pierre. (1990) *La mort dans les yeux*. France: Editorial Hachette.
- Wainerman, Luis. (1971) *Sábato y el misterio de los ciegos*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Werz, Nikolaus. (1995) *Pensamiento sociopolítico moderno en América Latina*. Caracas, Venezuela: Editorial Nueva Sociedad.
- Winnicott, D. W. (2003) *Realidad y juego*. Buenos Aires: Décima reimpresión. Editorial Gedisa.
- Yankelevich, Héctor. (1998) "La Letra, la Mirada, la Ceguera", en *Del padre a la letra*. Rosario, Argentina: Editorial Homo Sapiens. Páginas 63-68.

- Zabala, Horacio. (2002) "La mirada estética", en: *Lacan: la marca del leer*. Barcelona: Editorial Anthropos. Páginas 123-126.
- Zavala Zapata, Iris M. (1991) *La posmodernidad y Mijail Bajtin: una poética dialógica*. Madrid: Colección Austral Espasa Calpe.
- Zhelezniak, Anatoli et alii. (1986) "Desarrollo contemporáneo. Desarrollo industrial" (segunda parte), en: *Argentina, historia y contemporaneidad*. Moscú: Serie "América Latina: estudios de científicos soviéticos".
- Zlotchew, Clark M. (1982) "La diosa de la fertilidad en Galdós" en *Káñina*, Volumen VI (1-2), páginas 67-72.